

- que otra vez por tal misterio subáis al famoso imperio que este tirano ha perdido, juzgadle, señora, vos, que aunque escondido le hallé y en él vengar intenté mis injurias, pues que Dios os hizo juez superior, su castigo ejecutad como madre con piedad, y como juez con rigor. También esta mujer loca por vos juzgada ha de ser, aunque el ser como es mujer á lástima me provoca.
- IRENE. Yo recibo, sabio Rey, los presos de vuestra mano, y si en Roma hubo un Trajano tan observante en su ley, dejar en Grecia colijo memoria que al mundo cuadre, sacando, aunque soy su madre, los ojos de un traidor hijo.
- CAROLA. Eso no, si es justa cosa que en aquesta ocasión llegue á vuestras plantas y ruegue por Constantino su esposa. Perdonadle, si merezco su vida; llegad los dos.
- IRENE. Juez de la causa de Dios he de ser; no me entenezco con ruegos; llevadle preso á una torre y denme cargos todos de sus vicios largos, que sustanciado el proceso, sin que me ablanden los llantos de su esposa, haré de modo que quede vengado todo el mundo, Dios y los Santos. Esa mujer que os sirvió, por vos sea castigada, que, pues fué vuestra criada y siéndolo os injurió, Infanta, el mayor castigo que al presente puedo darla me parece es entregarla á su mayor enemigo.
- CAROLA. Pues no lo tengo de ser con ella en esta ocasión; antes, si mi intercesión con vos algo ha de poder, os suplico perdonéis á Leoncio desde ahora, como reciba á Lidora, si os parece, por mujer.
- IRENE. Que se casen es razón; Emperadores han sido y á un mismo tiempo han caído del Imperio y su ambición.
- Sea su esposa, y si lo niega dadle muerte.
- LEONCIO. Yo, señora, digo que quiero á Lidora.
- LIDORA. Yo y todo, ¡ay fortuna ciega!
- IRENE. De secretario mayor, Tarso, el oficio tendrás, y con el cargo darás indicios de tu valor digno, que le envidió el mundo.
- TARSO. Tus pies imperiales beso.
- IRENE. No estoy contenta con eso, en premiarte más me fundo.
- TARSO. Das señora testimonio de quien eres; ya estoy rico.
- REY. Pues yo también os suplico que, dando perdón á Andronio, le volváis á su privanza, que huyendo de Constantino á valerse de mí vino.
- TARSO. Baste la burla en venganza que le hice disfrazado de mujer.
- IRENE. Yo, Rey, concedo cuanto pidáis.
- REY. Y yo quedo por mil partes obligado.
- IRENE. ¿Dónde al Príncipe mi nieto dejaste, Tarso?
- TARSO. Escondido en un roble le he tenido, temiendo el mortal aprieto en que la persecución nos puso de Constantino.
- IRENE. En su nombre determino gozar de la posesión del Imperio; ve por él, y á Constantinopla vamos donde bautizar le hagamos.
- CAROLA. Yo con mi padre y con él irme á Chipre determino, porque no podré sufrir en toda Grecia vivir viendo preso á Constantino.
- IRENE. Quédese, pues, el Infante por general de la guerra en todo mi imperio y tierra, que de este cargo importante es digno.
- ROSELIO. Tus plantas beso.
- IRENE. Alto: á mi Corte, soldados, que en ella seréis premiados como merecéis.
- TODOS. Con eso danos, señora, esos pies.
- UNO. ¡Viva Irene!
- TODOS. ¡Viva Irene!
- TARSO. Este fin, senado, tiene *La República al revés*.

## EL AQUILES

### PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

ULISES.	LISANDRO, <i>Principe</i> .
NICANDRO.	DIOMEDES.
TELÉMACO, <i>niño</i> .	PALAMEDES.
QUIRÓN, <i>viejo</i> .	GARBÓN, <i>pastor</i> .
HÉCTOR.	DEIDAMIA, <i>Infanta</i> .
AQUILES.	CASANDRA.
BRISEIDA.	NISIRO, <i>soldado</i> .
TETIS, <i>dama</i> .	TEBANDRO.
LICOMEDES.	POLICENA.
PELORO.	SOLDADOS.
MENELAO, <i>Rey</i> .	UN CRIADO.
PATROCLO.	UN PAJE.

### ACTO PRIMERO

#### ESCENA PRIMERA

Salen ULISES, TELÉMACO, *niño*, y NICANDRO, *griego*.

ULISES.

Nunca al tálamo justo, coyundas de Himeneo, de Peleo y de Tetis enlazaras con la cerviz el gusto; ya que dió á Peleo la mano Tetis, nunca convidaras los dioses, ni injuriaras la discordia traviesa, cuya manzana de oro ponzoña dió en tesoro é infausta sobremesa á la ocasión tirana si hechiza á toda Grecia una manzana. Nunca fuera piadosa con el pastor tirano la osa tributaria de sus pechos,

ó ya que de una osa mamó el licor villano, pues al monstruo cosario pagó pechos nunca de él satisfechos, árbitro juez le hicieran competidores ojos, ocasionando enojos, que tal venganza esperan, si yo llevo la pena, la gloria Venus y la culpa Elena. ¡Ay Penélope bella! ¡ay hijo amado mío! mitades de mi vida; en mi tormento, estorbos atropella de amor el señorío cuando á la honra obliga el juramento. Contra el pastor violento todos los griegos Reyes juraron la venganza de Menelao, y alcanza el rigor de sus leyes á mi quietud sabrosa seguro con tal hijo y tal esposa. El parche vengativo á vuestro Ulises llama,

detiene amor y el juramento aprieta,  
si no me parto vivo  
con riesgo de mi fama  
al qué dirán del vulgo vil sujeta;  
si me parto, es profeta  
el alma de los daños  
que en esta ausencia temo;  
y entre uno y otro extremo,  
miedos y desengaños  
confusa traen mi vida  
partida entre el sosiego y la partida.  
El honor me aconseja  
que no pierdan los ojos  
de vista esposa que apetece tantos,  
y el mismo honor no deja  
que, asegurando enojos,  
tímido quiebre juramentos santos;  
encuéntrense los llantos  
de obligación y ausencia;  
aquella me da prisa,  
y ésta mi muerte avisa;  
¿qué hará, pues, mi paciencia  
sin una y otra joya,  
de tres almas en Grecia, un cuerpo en Troya?

NICANDRO.

De dos forzosos daños,  
el menos peligroso  
escoge el sabio que el peligro mide;  
á tus maduros años,  
Ulises generoso,  
consultando el menor, consejos pide.  
Si el alma se divide  
partiéndonos de Grecia  
en las prendas que adoras  
y contando las horas  
que la quietud desprecia,  
Penélope está enferma,  
¿por qué querrás dejar tu patria yerma?  
Procure el injuriado  
vengar agravios suyos,  
y de Elena castigue la mudanza,  
que no por su cuidado  
es bien crecer los tuyos  
y á tu esposa olvidar por su venganza.  
Si tu experiencia alcanza  
los daños que recuerdas,  
¿será prudente cosa  
por que él cobre á su esposa  
que tú la tuya pierdas?  
¿y que en demanda ajena  
á Penélope dejes por Elena?

TELÉMACO.

Padre, no se me ausente,  
que está mi madre mala  
y se nos morirá si la desprecia;  
si mis suspiros siente  
y el tierno amor iguala  
á la hermosura y caridad de Grecia,  
¿no será cosa recia  
que tal esposa é hijo  
por ausentarse olvide?  
Mi madre esto le pide,  
y si se va, me dijo  
que no esperase, padre,  
gozar una hora más viva á mi madre.

Pues si ella se me muere  
y el padre se me ausenta,  
huérfano de los dos, ¿de mí qué aguarda?  
Quédese en casa, ¿quiere?  
Tendrála á ella contenta  
y á mí seguro en su amorosa guarda;  
advierta que si tarda  
de asegurar temores  
dos vidas atropella,  
pues muerto yo con ella,  
aumentaré dolores  
diciendo en la otra vida  
que de su esposa é hijo fué homicida.

ULISES.

¡Ay, Telémaco mío!  
Persuasivo, elocuente,  
anegarme en tu tierno llanto puedes;  
cada perla es un río  
que en líquida corriente  
á las del Nilo en eficacia excedes.  
Ya viene Palamedes  
á llamarme perjuro  
si el juramento santo  
que al cielo hice quebranto;  
no está mi amor seguro  
si niego mi partida,  
ni si me parto lo estará mi vida.  
Pero si el amor fuerza  
y el juramento obliga,  
venza el amor, pues es mayor su exceso;  
¿qué fuerza hay que á su fuerza  
resista, sin que siga  
yugo inmortal que á tanto dios ha preso?  
Quítame amor el seso  
y no me quite ahora  
mi esposa por la ajena;  
robó Paris á Elena,  
si Menelao la adora,  
réstame su hermosura,  
que no hay obligación donde hay locura.

(Llévase el niño y vase.)

## ESCENA II

Salen PALAMEDES Y PELORO.—NICANDRO

PALAM. No queda en Grecia señor  
que no parta contra Troya,  
y esta acción sólo se apoya  
en el ingenio y valor  
de Ulises, pues sus ardides,  
si á sabios se ha de creer,  
de más provecho han de ser  
que las hazañas de Alcides.  
Juró defender á Elena  
con los demás en la ley,  
que Tindaro, griego Rey,  
si no la cumplen, condena.  
Robóla Paris; si intenta  
Ulises buscar ahora  
excusas por ver que llora  
Penélope, de su afrenta  
serán los dioses testigos;  
pues sus aras menosprecia,  
y á los Príncipes de Grecia

tendrá por sus enemigos.  
El ejército me envía  
por él.

PELORO. Amor, que es más fuerte,  
y á las puertas de la muerte  
con Penélope porfia,  
ó acabarla, ú obligar  
á que su esposa se quede,  
en tal juramento puede  
justamente dispensar.

NICANDR. Dejar sola tal mujer  
ni es amor ni es fortaleza,  
tiraniza á la belleza,  
ya la ausencia, ya el poder.  
Y si uno y otro se junta  
y tantos la han pretendido,  
siendo madre del olvido  
la ausencia, llore difunta  
su honra, Ulises ausente.

PALAM. Penélope es la más casta  
de toda Grecia.

PELORO. No basta  
ese valor excelente  
para el recelo que lleva,  
ni puede discreto ser,  
siendo vidrio la mujer,  
quién con la ausencia la prueba.  
Según esto, no os espante,  
viendo que á la muerte está,  
si Ulises con vos no va.

PALAM. Menos valiente es que amante;  
pero yo no he de ir sin él  
ó ha de quedar por perjuro,  
pues la victoria aventuro  
que tengo cierta por él.

## ESCENA III

Sale ULISES medio desnudo y loco.—DICHOS.

ULISES. Toquen las cajas aprisa,  
y pues Grecia á Troya pasa,  
abrásse Ulises su casa.  
¿Hércules está en camisa?  
Deyanira le pegó  
la ponzoña del Centauro.  
Creta encierre el Minotauro,  
que Pasifé le parió;  
pobre Minos, ¿qué dolor  
de cabeza os atormenta?  
El marido que se ausenta  
eche en remojo su honor.  
Toro se llama la cama  
del matrimonio en latín,  
etimología ruin  
sacará de ella la fama,  
diganlo los adivinos,  
mientras yo mi ausencia lloro,  
¿la Pasifé con el toro  
y sin azotalla Minos?  
¡Oh, bellaco! ¿De malicia  
qué laberintos trazáis  
y á mí á Trova me enviáis?  
¡Malos años! ¿no hay justicia?  
¿Qué es esto?

PALAM. Ulises sin seso,  
NICANDR. que á no perderle, no fuera

tan discreto, ni quisiera  
su esposa en tanto exceso.  
PELORO. Deja la mayor belleza  
que enamoró al dios rapaz  
el reino que goza en paz  
y un hijo de su riqueza  
y discreción heredero;  
pártese á ajenas venganzas,  
el honor teme mudanzas  
y amor desnudo el acero.  
Quien ama cuerdo, ama poco;  
ama mucho y loco está.

PALAM. Cobarde temor será  
y engaño el fingirse loco.  
Ya Grecia tiene experiencia  
de sus astucias, malicia  
es toda.

ULISES. (Pregona y azótase.)

Esta es la justicia  
que manda hacer el ausencia  
á un recién casado (dale;  
¡oh, cómo escuece el traidor!)  
que se ausenta de su honor  
y de su casa se sale.  
¿Qué indigenta está la penca!  
Gran delito debe ser  
dejar á propia mujer  
por otra mujer mostrenca.  
Libros hay de ejemplos llenos,  
donde leerá el que los trata  
que es un asno el que se mata  
cual yo por duelos ajenos.  
Por Dios que estábamos buenos  
dejándonos en los nidos  
los pajaricos perdidos  
en uñas del gavilán.

El refrán  
diga que á muertos y á idos  
no hay amigos, mas yo trueco  
(perdóneme Dios si peço)  
á estos versos los sentidos,  
y entendidos,  
rezan con causa mayor  
que el honor  
canta, que á muertos y á idos  
no hay maridos,  
no hay maridos, que es peor.  
Pues si entre ausencias y olvidos  
de la honra no hay noticia,  
y de malicia á malicia  
va tan poco,  
¿quién se parte á la milicia?  
¿Ausencia necia  
á mí sacarmé de Grecia?  
¡Malos años! no hay justicia.

NICAND. ¿Hay lástima semejante?  
ULISES. ¿Yo, entre cajas y pendones,  
marido de comisiones?  
Vaya la mujer delante,  
llore y cante  
como cuerdo y como loco  
quien tiene su honor en poco,  
que yo, entre el llanto y la risa,  
ni tengo espacio ni prisa.  
Menelao su enojo aplaque  
y vengue su badulaque,  
porque, cual dijo mi abuela,

á quien le duele la muela,  
la muela, que se la saque;  
ó si no yo iré á la guerra,  
como no quede en mi tierra  
hombre que amando negocia;  
que yo ausentarme no quiero  
si no los llevan primero  
á todos á Capadocia.

¿Penelopica en Escocia,  
y yo sin Penelopica?  
(¡Fuego de Dios, cómo pical)  
Ella hilando, otros urdiendo,  
y amor la trama tejiendo  
en mohatras la avaricia  
conquistando la codicia.

¿Pasife abrazando al toro  
y Venus al monstruo de oro?  
¡Malos años! no hay justicia.

PELORO. ¡Desgracia, por Dios, extrañal

NICAND. Notable fuerza de amor.

ULISES. De alfeñique es el honor  
y la mujer es de caña,  
si á Paris Elena engaña  
llévase él la penitencia;  
¿cómo yo? ¿hay tal sentencia?  
mandar pagar sus amores  
justos hoy por pecadores.  
Donosa es, por Dios, la maula,  
metiérala en una jaula,  
ó colgarásela al cuello,  
que yo (si quieren sabello),  
loco, mas no mentecato,  
no dejo la carne al gato  
ni á los osos la colmena;  
si Elena es mala ó es buena  
allá se lo haya;  
si se fué á holgar á la playa  
tómese lo que la vino,  
que el borracho junto al vino  
dirá la jurispericia  
que es malicia;  
lo que el Troyano comió  
¿quieren que lo escote yo?  
¡Malos años! no hay justicia.

(Vase.)

NICAND. Id tras él, que está furioso;  
no le suceda algún daño.

PALAM. Todo esto es ficción y engaño.  
Ulises es cauteloso:  
yo probaré su locura  
ó fingido frenesí  
que no ha de excusar así  
su miedo y nuestra ventura. (Vase.)

#### ESCENA IV

Sale ULISES sembrando sal.—DICHOS MENOS  
PALAMEDES.

ULISES. Fuera, que soy labrador;  
sal siembro en lugar de pan,  
porque así no picarán  
avechuchos en mi honor;  
tienen á mi esposa amor  
muchos, y por Dios que es malo;  
la sal preserva al regalo,  
mi esposa se queda acá,

y no se me dañará  
si aunque me ausente la salo.

(Siembra.)

¿No es la sal sabiduría?  
El sembrarla, pues, me importe,  
que hay poca, y anda en la Corte  
en coches la bobería;  
hay notable carestía  
de doncellas recatadas;  
las más están decentadas,  
por eso me ocupo en esto,  
que si se dañan tan presto  
es porque no están saladas.

NICAND. Rey, gran señor, vuelve en ti.

ULISES. Bueno, ¿pues parécenos mal  
sembrar mi casa de sal  
y esterilizarla así?

El amor ¿no es fuego? Sí.

¿No es estopa la hermosura?

Pues si abrasarla procura

el fuego del amor ciego,

saltar ha la sal del fuego

y mi honra estará segura.

Ea, ya habemos sembrado;

démosle ahora una reja;

quien se va y su mujer deja

no cogerá fruto honrado;

¿no entierra al grano el arado,

que con el tiempo batalla,

y después colmado se halla?

Pues quien quisiere coger

fruto de honra en la mujer,

cuando se ausente, enterralla.

La deshonra es, á mi cuenta,

mástin que á la fama ladra;

mirad si el nombre le cuadra,

pues muerde al pobre que afrenta;

luego si mi amor se ausenta

y da tras mí, (1)

¿no es bueno sembrar sal? Sí;

y no sembrarla, ¿no es malo?

sí; que al perro, si no hay palo,

el remedio es «¡sal aquí!»

Vosotros me serviréis

de guebras, poneos aquí.

(Ara con ellos.)

PELORO. Si ha de sosegarse así,  
sigamos su humor.

ULISES. ¿No veis  
que es justo que me ayudéis,  
pues cultivar mi honor quiero?  
Are el cuidado primero  
lo que la opinión sembró;  
mas con bueyes, eso no,  
que en tal tierra es mal agüero,  
mejor es el azadón

(Toma el azadón y capa.)

y ahorraremos de molestias,  
que no es bien fiar de bestias  
el honor y la opinión;  
quitemos toda ocasión,  
ningún terrón nos impida  
la cosecha en mi partida,  
que es tropezón la belleza,  
y la mujer, si tropieza,  
dadla también por caída.

(1) Verso incompleto en el original.

#### ESCENA V

Sale PALAMEDES con TELÉMACO en los brazos.—DICHOS.

PALOM. Ea, Ulises, yo también  
soy labrador como vos,  
sembremos juntos los dos.

ULISES. Pardiez, vaya, decís bien.

PALAM. Porque buen año nos den  
frutos de esta sementera  
grano es Telémaco, muera,

(Saca la daga.)

y os dará el tiempo oportuno  
los hijos ciento por uno  
á la cosecha primera.

Con su sangre es bien regar  
la tierra, pues que no llueve;  
muera, y fruto el campo lleve.

TELÉM. ¿Por qué me quiere matar?

Padre, llégume á vengar.

PALAM. Yo seré el ejecutor,  
muera el fruto, aunque esté en flor,  
y multiplique despojos.

(Vale á dar. Tiénele Ulises.)

TELÉM. ¿Padre?

ULISES. ¡Ay hijo de mis ojos,  
tierno efecto de mi amor!

Si con prueba tan costosa

se ha de excusar mi partida,

Ulises pierda la vida

y auséntese de su esposa.

Mi locura cautelosa,

Palamedes, ya ha cesado;

obedezcamos al hado

y no pierda yo opinión

con vos, pues cualquier perdón

merece el temor casado.

PALAM. Con la victoria presente

mi fama á ilustrar comienzo,

que, pues en ingenio os venzo,

más que todos soy valiente.

Vamos, Ulises prudente,

á Troya, que la venganza

tiene puesta su esperanza

sólo en vos, pues más efeto

hace un capitán discreto

que el arnés, la flecha y lanza.

Consolad á vuestra esposa,

y veréis que en esta ausencia,

si es casta por excelencia,

os gana fama gloriosa.

ULISES. ¡Ay prenda del alma hermosa!

En fin, me parto y os pierdo;

honor, entrad en acuerdo,

y pues en el mal que toco

no bastó fingirme loco,

sed vos en mi ausencia cuerdo.

(Vanse.)

#### ESCENA VI

Salen: AQUILES, que ha de hacer la mujer vestida de  
pieles con un birtón, y QUIRÓN, viejo, también de  
pieles, y TETIS, bizarramente vestida de campo.

QUIRÓN. Ya no te pueden sufrir,  
Aquiles, estas montañas,

á nadie dejás vivir;  
de tus costumbres extrañas  
todos procuran huir;  
¿qué pastor por ti no está  
señalado? ¿qué pastora,  
cuando á su cabaña va,  
de ti no se queja y llora,  
y mil querellas me da?

No diferencias los brutos  
de los hombres, ni aun los frutos  
de ti se pueden librar,

pues, antes de madurar,  
forzados te dan tributos.

No sé yo de qué aprovecha  
lo mucho que te he enseñado,  
la ciencia está satisfecha

con el natural templado  
que el bárbaro ser desecha.

Hizo á la filosofía  
para moderar pasiones,  
el Sol, que todo lo cría;

en ella te di lecciones,  
y en ti lograrse podría;

la música, ya tu sabes  
que con agudos y graves,

ánimos silvestres templa,  
y que el que en ella contempla

le da del alma las llaves.  
Tocas el arpa y la lira

y tus costumbres no tocas;  
quien te oye cantar se admira,

y de tus costumbres locas  
asombrado se retira.

Debajo de tal belleza,  
¿es posible que se esconda

tan cruel naturaleza?  
En las fieras corresponda

al cuerpo la rustiqueza,  
pero no en ti, cuya suerte,

si tan bello quiso hacerte,  
arrepentido repara

que enamoras con la cara  
y con los brazos das muerte.

AQUILES. Tú tienes la culpa de eso;

desde niño me criaste,

Quirón, robusto y travieso;

con leche me alimentaste  
de una onza, así profeso

el natural heredado  
de la leche que mamé.

Carnes de fieras me has dado  
á comer, nunca gusté

ni la liebre ni el venado.  
En éstos el temor crece

que huyendo los envilece;  
imitando á esotros voy;

bien haya, pues su hijo soy,  
quien á los suyos parece.

TETIS. ¿Hijo de las fieras?

AQUILES. Sí.

TETIS. ¿Y no mío?

AQUILES. El ser primero  
te debo, pues que nací  
de ti, pero no el postrero  
que del sustento adquirí.

Ya sé que el Rey Peleo fué  
mi padre y esposo tuyo;

pero como me crié  
entre estos montes, concluyo  
que en ellos me transformé.  
A Quirón me encomendaste;  
forma quejas, madre, de él  
si tan diverso me hallaste,  
que yo estimo ser cruel  
en más que ser tu hijo.

QUIRÓN. Baste.

AQUILES. Voy á vengar en leones  
y tigres lo que no puedo  
en vuestras reprehensiones.

TETIS. Hijo, espera.

AQUILES. Escuche el miedo  
consejos y persuasiones. (Vase.)

## ESCENA VII

DICHOS, menos AQUILES.—Dentro DEIDAMIA y VOCES.

TETIS. ¡Ay hijo del alma mial  
ese valor ha de ser  
mi muerte, y yo he de perder,  
perdiéndote, mi alegría.  
Quirón: un mortal asombro  
ocasionó mi camino;  
el oráculo divino  
y mil sabios que no nombro  
me afirman que si se parte  
con el ejército griego  
mi Aquiles á Troya, el fuego  
que Venus ofrece á Marte  
ha de ser su perdición;  
muerte le han de dar cruel,  
puesto que quede por él  
asolada la nación  
que en Troya á Paris ampara.  
Esto profetiza Apolo;  
es hijo Aquiles, es solo  
y es los ojos de esta cara.  
Si siempre que se me acuerda  
que su luz me ha de faltar  
excede mi llanto al mar,  
¿qué he de hacer cuando le pierda?  
Tú, que su ayo y maestro  
eres desde que salió  
al mundo, y de quien fió  
mi fe el amor que le nuestro,  
aconséjame del modo  
que podré librar su vida,  
que á esto ha sido mi venida.

QUIRÓN. Ya yo sé que el mundo todo  
ha de registrar Ulises,  
que de buscarle se encarga,  
y á cuya prudencia larga  
los más remotos países  
no han de poder defenderle.  
Si su natural inquieto  
diera lugar al secreto,  
lo mejor fuera esconderle.  
Mas ¿cómo tendrá sosiego  
encerrada la inquietud,  
con grillos la juventud,  
y dentro la mina el fuego?  
¿Pero qué es ello?

TETIS. ¡Ay de mí!  
(De dentro voces y ruido.)

DEIDAM. ¡Aquí, cazadores míos,  
favor!

AQUILES. No huyáis, persuadíos  
que no soy monstruo.

DEIDAM. ¡Aquí, aquí!

AQUILES. Hechizo que el viento excedes,  
detén el curso y temor;  
hombre soy.

DEIDAM. Dadme favor,  
vasallos de Licomedes.

TETIS. Este es mi Aquiles; procura  
sosegarle.

QUIRÓN. El es de suerte  
que ó los ha de dar la muerte  
ó hacer alguna locura. (Vase.)

## ESCENA VIII

Sale AQUILES con DEIDAMIA en los brazos, que vendrá  
vestida de caza bizarramente.—Luego CAZADORES.

AQUILES. Desmayóseme en los brazos.  
(Pónela en el suelo.)

Emboscado estoy seguro;  
aquí corre un cristal puro  
que el cuerpo divide en lazos.  
Cristal con cristal pretendo  
resucitar.

DEIDAM. ¡Ay de mí!  
¿Dónde estoy?

AQUILES. Ya ha vuelto en sí.  
Dos soles están lloviendo.  
Sosegad, mi cazadora,  
que si da gusto la presa  
á quien la caza profesa,  
un alma que en vos adora  
tenéis á los pies rendida;  
mas ¿qué mucho la rindáis  
si con dos flechas tiráis  
que, dando muerte, dan vida?

DEIDAM. Monstruo, mas no digo bien,  
que ofendo tu gentileza,  
aunque tan rara belleza  
monstruosidad es también.  
Deidad de este bosque umbroso,  
héroe, semidiós ú hombre,  
que no hallo decente nombre  
que cuadre á tu rostro hermoso;  
mira que heredera soy  
hija del Rey Licomedes,  
y que si el límite excedes  
honesto y dos voces doy,  
tengo esta montaña llena  
de monteros que podrán  
darte muerte y mezclarán  
con mi venganza mi pena.

AQUILES. Princesa de mis ojos,  
que, pues en ellos tiene  
su origen mi esperanza  
justo es que en ellos reines,  
recelos asegura,  
que no osan atreverse  
á tu deidad hermosa  
deseos descortesés.  
Efectos tan contrarios

en mí ha causado el verte,  
que hielas por lo graye  
y por lo hermoso enciendes.  
Solía yo, y no ha mucho,  
matando entretenerme,  
haciendo mal holgarme,  
pacífico ofenderme,  
cazando día y noche,  
huían igualmente  
de mí por esos campos  
los brutos y las gentes.  
¿Qué rústico los pisa  
que en viéndome no tiemble,  
de día no se esconda,  
de noche no me sueñe?  
¿Qué serranilla simple  
me mira que dispense  
con ella la hermosura  
humilde por silvestre?  
Los más robustos árboles  
de aquestas selvas verdes,  
temblándome en sus hojas  
dan muestras que me temen.  
Los tigres y leones,  
sin que mi lucha esperen,  
huyendo con bramidos  
me aplauden más valiente.  
Tú sola, victoriosa,  
trofeos grabar puedes  
en bronce inmortales,  
pues sola tú me vences.  
Salí á buscar venganzas  
de agravios que reprenden  
en canas venerables  
dictámenes crueles,  
y cuando más furioso,  
miréte en una fuente  
copiando tu hermosura  
cristales por pinceles,  
templado suspendíme,  
suspendido contempléte,  
perdíme contemplándote,  
contemplando adoréte.  
En agua me abrasaste,  
no sé si fué agua ardiente,  
más sé que de ella forjas  
rayos para vencerme.  
Alzaste los dos soles,  
y apenas llegó á verme  
la luz que en ellos vive,  
cuando á los vientos leves,  
hurtándoles las alas  
la fugitiva liebre,  
no osó cuando corrías  
correr más, por correrse.  
Talaes de Mercurio  
me dió mi feliz suerte,  
pues te alcancé amoroso  
y te detuve alegre.  
Desmayos y temores,  
si frágiles, prudentes,  
al pecho retiraron  
corales y claveles.  
Mas ya que restituyes  
á la animada nieve  
la púrpura usurpada  
que á darla esmaltes vuelve,

penetra con los ojos  
un alma, que entre pieles  
rendida te idolatra  
y humilde te obedece.  
DEIDAM. Discreto, persuasivo,  
¿en qué escuelas aprendes  
retórica amorosa  
en montes elocuente?  
Conclúyeme elegante,  
hermoso me enterneces,  
compuesto me aseguras  
y sabio me convences.  
Si como amante obligas,  
mi rigurosa suerte  
hubiera excepcionado  
mi gusto antes de verte,  
y no tuviera padres,  
cuya obediencia prende  
en concertadas bodas  
el alma que suspendes,  
¿qué dicha como amarte?  
¿qué gloria como hacerte  
del reino y alma mía  
señor eternamente?  
Mi padre me da esposo,  
que ya por ti aborrecen  
los ojos, que no ha un hora  
lloraban hasta verle.  
Soy hija, es Rey severo  
mi padre Licomedes;  
¿á quién no obligan padres?  
¿á quién no fuerzan Reyes?  
Amante de imposibles  
soy ya, véngate en verme  
imposibilitada  
del bien que mi alma pierde.  
Nunca pluguiera al hado  
sacara al campo redes  
que en vez de fieras y aves  
su cazadora prenden,  
pues volveré á mi Corte,  
si loca por quererte,  
eternizando llantos  
que tu memoria aumenten.  
AQUILES. ¿Pues quién será bastante,  
si tú, mi bien, me quieres,  
á violentar tu gusto?  
YO SOY... (Voces y ruido de dentro.)  
CAZA. 1.º Aquí, aquí gente.  
CAZA. 2.º Aquí, que el fiero monstruo  
nuestra Princesa ofende;  
cercad todo este bosque,  
echadle los lebreles.  
AQUILES. ¿Qué es esto?

## ESCENA IX

Sale GARBÓN, pastor.—DICHOS.

GARBÓN. Señor mío,  
huye, si no pretendes  
que con tu muerte lloren  
los prados y las gentes;  
con flechas y con dardos  
cercando el bosque vienen  
monteros atrevidos  
de la Princesa y Rey;

AQUILES. asegurar la vida por este atajo puedes; ¿qué harán, si aquí te matan, sin ti Quirón y Tetis? ¡Oh estorbos envidiosos de los mayores bienes, que en cifras de hermosuras los cielos comprenden! Sabréis quién es Aquiles. Hermoso Sol que enciendes un alma hasta hoy de bronce; si para detenerte son ruegos poderosos y, como afirmas, tienes amor á quien ya llora el verse de ti ausente, espérame no más del tiempo y plazo breve que tardo en quitar vidas á los que nos ofenden. Garbón, sé tú mi Argos, y mientras mi amor vuelve á reiterar favores, guárdame diligente la prenda que te fio. ¡Ay cielos, si te duermes, para pagar descuidos qué pocas vidas tienes! (Vase.)

## ESCENA X

GARBÓN y DEIDAMIA.

GARBÓN. Par Dios bueno; ¿yo alcaide, en bosques, de mujeres que aprenden cantonadas, si aún no sé guardar bueyes? Sabrá, señora mía, que yo he sido sirviente de Arquillas y Esquilón un año y cuatro meses. Hame hecho este muchacho mastín suyo; ¿qué quiere? Par Dios, si se me escurre que es diablo y me despierte. Con ella ha de agarrarme para que no me deje, será siquiera un rato de tal hembra corchete. DEIDAM. ¡Ay confusiones mías! decid, ¿aguardaréle? Mas ¡ay! que si le aguardo mi honor ofensas teme. Pues ¿qué queréis? ¿que huya?; mas si en el alma viene al vivo retratado y en ella asiento tiene, ¿quién huye de sí misma que en sí misma no lleve, si alas, también grillos que vuelan y detienen?

## ESCENA XI

Sale QUIRÓN.—DICHOS.

QUIRÓN. Huye, Princesa hermosa, los impetus crueles

de un mozo ocasionado de amor y de años verdes. No aguardes cortesías de quien á nadie teme, que pocas coyunturas de amor fueron cortes. Cebado en matar hombres, lugar y tiempo ofrece para que al Rey, tu padre y mi señor, te lleve. Aquí tengo un caballo que á los del sol excede y lleva pies de plumas con que ligera vuela. ¿Qué aguardas?

DEIDAM. ¡Ay amor!, ¡ay honra!, indiferente estoy entre vosotros; pero si la honra vence donde el valor se estima, perdóname amor aleve, que jura hasta que goza y goza hasta que miente. (Vanse.)

## ESCENA XII

GARBÓN.

Señor... ¡A esta otra puertal Llevóse!; si vuelve Arquillas y no la halla, ¿que hará, Garbón probete? El diablo que le aguarde, mas hétéle á dó viene; aquí hay un alcornoque, su hueco ha de esconderme. No tengo, si me agarra, para el primer puñete, que así despacha tigres como Garbón molletes.

(Escóndese en el tronco de un árbol.)

## ESCENA XIII

Sale AQUILES.—DICHOS.

AQUILES. Huyeron, y sin seguillos sólo he querido espantallos, que son de mi bien vasallos y no es justo perseguillos. Después que amo, traigo grillos sino es para aquí, en los pies; aquesta mi prisión es y aquí me aguarda mi hechizo. Mas ¡ay cielos!, ¿qué se hizo? GARBÓN. El alma traigo al revés.

(Asomándose entre las ramas.)

Temblando estoy.

AQUILES. ¿Mi señora? GARBÓN. ¿mi sol, mi gloria? ¡Ay de mí! Par Dios, si me encuentra aquí, que no vivo un cuarto de hora. AQUILES. ¡Garbón, Garbón! GARBÓN. Ahora topa conmigo, y si llega, por un pie me agarra y juega

á la pelota y me arroja, si por no hablarle se enoja, al cielo, y desde allí á Noruega. Más vale antes que me toque hablarle, como que soy su dama, y por él estoy convertida en alcornoque, AQUILES. Si no queréis que provoqué, deidades, la religión que os da el mundo sin razón, volvedme la prenda mía. GARBÓN. Si á los dioses desafía, ¿qué no hará de vos, Garbón? Si á injuriar los dioses llega con tal furor, ¿qué no hará de quien destilando está, de puro miedo, pez griega? AQUILES. Si mi sol su luz me niega, ¿dónde irá ciego quien ama? Mi bien, mi gloria.

(Dentro del árbol, disimulando la voz, responde Garbón.)

GARBÓN. ¿Quién llama? AQUILES. ¡Ay cielos! ¿quién eres? GARBÓN. Fui quien te adoraba.

AQUILES. ¡Ay de mí! GARBÓN. Y ando ya de rama en rama; hazte allá, que quien me toca comete un grave pecado.

AQUILES. ¿Hate algún Dios transformado? GARBÓN. ¡Y cómo! AQUILES. ¿En qué? GARBÓN. En alcornoque.

AQUILES. Si Apolo á Dafne provoca hasta en laurel convertilla, si Clecie á su luz se humilla la cabeza vuelta en flor y Apolo le tuvo amor, no es nuevo, aunque es maravilla. ¿Amábate Apolo?

Sí.

GARBÓN. ¿Quisote gozar? AQUILES. También. GARBÓN. ¿Y huiste de él? AQUILES. Con desdén.

GARBÓN. ¿Fue te siguiendo? AQUILES. Hasta aquí. GARBÓN. ¿Que en tal ocasión me fuí? AQUILES. ¿Llamaste algún dios?

GARBÓN. ¿Y cómo? AQUILES. ¿Y qué dios era? GARBÓN. El dios Momo.

AQUILES. Por sus efectos lo veo; mas máteme mi deseo si venganza de él no tomo. ¡Ay amor siempre cruel! (Al árbol.) mi planta serás divina, como de Hércules la encina, como de Apolo el laurel. Consagrarte como él, ya que tu ve tales fines. GARBÓN. No es bien que en eso imagines. AQUILES. ¿Por qué? GARBÓN. Ya está consagrado el alcornoque, abogado de corchos para chapines.

AQUILES. ¿Qué disparates son éstos? ¿quién hace burla de mí? Desgajaréte, y así veré engaños manifiestos. (Desgafa la mitad del árbol y sale Garbón.)

GARBÓN. Señor, los hinojos puestos tiemblo y te pido perdón.

AQUILES. ¿Quién eres?

GARBÓN. Yo soy Garbón.

AQUILES. ¿Qué es de mi princesa bella?

GARBÓN. Ocupada está, vo á vella.

AQUILES. ¿En qué?

GARBÓN. Si he de hablar verdad,

en cierta necesidad que él no puede hacer por ella.

AQUILES. ¡Ah traidor!

GARBÓN. Ea, ya comienza.

AQUILES. ¿Qué es de mi bien, hombre vil?

GARBÓN. Fuese á atar un cenogil,

que tuvo de mí vergüenza.

No sé si era orillo ó trenza;

pero presto volverá.

AQUILES. ¿Huyó de mi amor?

GARBÓN. Verá

cuál se la traigo.

AQUILES. Detente.

GARBÓN. Dando estoy diente con diente.

Espulgándose estará;

luego viene, aguarde un poco.

AQUILES. ¿Huyes, villano?

GARBÓN. Me escurro.

AQUILES. Aguarda.

GARBÓN. Aguárdele un burro. (Vase.)

AQUILES. A qué furor me provoqué.

(Va tras él, sale al encuentro Tetis y tiénele.)

## ESCENA XIV

TETIS y AQUILES.

TETIS. Hijo, detente. AQUILES. Estoy loco. TETIS. Ya me ha contado Quirón la fuerza de tu afición;

por Deidamia estás perdido, á remediarte he venido; fin á tus pesares pon. AQUILES. ¿Quién es Deidamia?

TETIS. El espejo

en que te miras.

AQUILES. ¿Y adónde

está? ¿Qué es della? Responde.

TETIS. Llevóla á su padre viejo,

Quirón.

AQUILES. Pagaré el consejo

muriendo Quirón tirano. (Llora.)

TETIS. Refrena el enojo vano,

que no eres hombre, pues lloras.

AQUILES. Adórola.

TETIS. Si la adoras

yo te la pondré en la mano.

Disponte tú á obedecerme

y dispondréte á alcanzarla.

AQUILES. ¿Cómo podrás tu obligarla?

TETIS. Todo es posible.

AQUILES. Ofenderme será, madre, el prometerme cosas que no has de cumplirme.

TETIS. Determinate seguirme, hijo, y á no replicarme, que tu amor sabrá enseñarme y mi industria prevenirme.

AQUILES. ¿Qué me podrás tú mandar, por imposible que sea que, como á Deidamia vea, dificulte ejecutar?

TETIS. Tiénelo de rehusar.

AQUILES. No tengas temor.

TETIS. Si así lo cumples, vente tras mí.

AQUILES. Qué, ¿á Deidamia alcanzaré?

TETIS. Hijo, sí, y te libraré de los daños que temí.

## ACTO SEGUNDO

## ESCENA PRIMERA

*Salen AQUILES, de dama bizarramente vestida de camino, y TETIS.*

AQUILES. ¡A extrañas cosas me obligas!

TETIS. Transformaciones de amor dan á los dioses valor.

AQUILES. Es verdad; mas no me digas, madre, que no degenero con aquestos trajes viles de mi ser. Yo soy Aquiles con gentil arnés de acero. ¿Para la guerra me ensayas que en Troya Grecia me ofrece? ¿Fama mi valor merece entre chapines y sayas? Afuera pasiones locas, que con cobardes cautelas corchos viles por espuelas y por la celada tocas entorpecen mi valor. ¡Vive Dios que he de rompellas, pues no es bien que intame en ellas mi opinión un torpe amor!

TETIS. Cuando á Hércules se iguale el que disfraza tu ser, y en hábito de mujer le contemples con Onfale, dejarás de estar confuso; pues no te aconsejo yo que, si Hércules hiló, juegues tú á la rueca y huso. Nunca mucho costó poco, mucho si amas has de hacer.

AQUILES. ¿Yo vestido de mujer y no me juzgas por loco? Bien lograré de Quirón las lecciones y ejercicios con que, refrenando vicios, pieles del tigre y león despedazados por mí

por galas me acomodaba, y en vez de triunfos me daba los brazos viéndome así. ¿Qué diría si me viese de infame mujer vestido?

TETIS. Eso fuera, hijo querido, cuando Quirón lo entendiese; mas sólo hemos de saberlo, después del cielo, los dos.

AQUILES. Pues ¿no sabrá que algún dios en mi afrenta puede verlo? Esta razón te convenza: que merece infames nombres quien se esconde de los hombres y de Dios no se avergüenza. Cuanto y más que, aunque pudiera ser posible el ocultar de los dioses el obrar cosa que justa no fuera; el que en valor se señala no lo ha de dejar de hacer porque ellos lo puedan ver, mas porque es de suyo malo. Deidamia y su amor perdona, que, aunque la adoro, no es justo que oprima á la honra el gusto y tal infamia ocasione. ¡Vive Dios, que de afrentado de la vileza presente, tengo de huir de la gente y nunca entrar en poblado!

TETIS. ¿Yo joyas, sedas y rizos? ¿chapines y tocas yo? Siempre el amor inventó galas, disfraces y hechizos; mas, pues no quieres usallos, procura olvidar, si puedes, á la hija de Licomedes que, aunque salen sus vasallos en su nombre á recibirnos, y él desea tanto vernos, fácil nos será volvernos y de su corte encubrirnos. Quien sus pasiones reprime no tenga amor, pise estrellas; Deidamia es de las más bellas que honran su deidad sublime; goce Lisandro las glorias que dejas tú, pues se casa con ella, y tú el tiempo pasa en atormentar memorias, de puro honrado, homicidas. Galas lascivas desnuda, de opinión y traje muda, asalta las defendidas murallas que en Troya empieza á guarnecer el valor mientras Lisandro al amor ejecuta en la belleza de Deidamia.

AQUILES. ¿Quién es ese que á mi dueño ha de gozar?

TETIS. Con quien la quiere casar su padre.

AQUILES. Eso no, aunque fuese pública al mundo la infamia, de aquestos disfraces viles;

## ESCENA II

*Acompañamiento: LICOMEDES, viejo; DEIDAMIA, con otro vestido; BRISEIDA, dama; PELORO y LISANDRO.—*

DICHOS.

LICOMED. Ya se me cumplió el deseo que de conocer tenía á quien, siendo sangre mía, es esposa de Peleo. Dadme, señora, los brazos.

TETIS. Con ellos el alma os doy, pues asegurando estoy en ellos mortales lazos que mi agravio pronostican, no hallando en vos, gran señor, el esperado favor que mis remedios publican. Llegad á besar la mano, Nereida, al Rey vuestro tío.

AQUILES. En ella el amparo fío que ha de hacer mi temor vano; pues, fuera de ser mujer, soy, gran señor, deuda vuestra, y vos espejo en quien muestra la clemencia su poder. *(Ap.)* ¿Cuál de aquellos dos será que Deidamia trae al lado, el que á mi amor y cuidado, veneno entre celos da? Gana tengo, vive Dios, de dar tras todos.

LICOMED. Admiro, de la belleza que miro, hermosa sobrina, en vos, de vuestros padres la suerte, pues que les dió su ventura en vos toda la hermosura y en vuestro hermano el más fuerte héroe que la guerra apoya; pues, según dice la fama, su Marte, Grecia le llama, y destrucción suya Troya.

AQUILES. No quedará vuestra Alteza de esa dicha defraudado, pues en mi prima ha cifrado su amor, armas y belleza. Belleza con que enamora y armas con que quita vidas, puesto que por bien perdidas se den por vos, gran señora.

DEIDAM. No sé yo con qué pagar, prima, tan nuevos favores; mas salgan por mis fiadores los brazos que os llevo á dar.

AQUILES. *(Ap.)* ¡Ay! Quién en ellos pudiera sosiego eterno tener. Deseo de conocer, Princesa, á quien sea espero dueño de vuestra hermosura; causa de mi envidia ha sido y mi camino.

LISAND. Elegido para tan alta ventura espero ser, si llamado soy por el Rey, mi señor.

AQUILES. Yo sé cierto opositor á quien celos habéis dado,

pues sólo merece Aquiles la hermosura de Deidamia. Vence, amor, vuestro poder, dioses, los que habéis amado. Aquiles enamorado se disfrace de mujer. No pierda yo mi opinión con vosotros, que no es nuevo en Neptuno, Jove y Febo transformarse. Dioses son y hombre Aquiles, que hoy imita á Júpiter vuelto en toro, águila, cisne, nube, oro con que mi amor acredita. Celoso estoy, mis desvelos fuerzan lo que amante dudo, que lo que el amor no pudo siempre lo acaban los celos. Madre, al Rey vamos á hablar y á dar á Lisandro muerte.

TETIS. Lo que te he enseñado advierte.

AQUILES. Sólo dificulto andar sobre estos corchos, no quepo en ellos ni se regillos; fueran acerados grillos cadenas, prisiones, cepo, que con hacerlos pedazos quedara libre después; mas con corchos á los pies y con puños en los brazos, terribles cosas me mandas, ¡que prender puedan á Aquiles corchos y telas sutiles, y en vez de maromas, randas! Todo es fácil á quien ama. Cuando estés en la presencia del Rey, haz la reverencia que te he enseñado de dama; vuélvela á ensayar aquí.

AQUILES. *(Hace una reverencia de soldado.)*

TETIS. Si la errare no te asombre.

AQUILES. Esa es reverencia de hombre.

AQUILES. Y esta de mujer. Caí.

*(Cae de los chapines.)*

Juráralo madre yo que en haciéndome mujer había luego de caer.

TETIS. Mas ¿qué es esto?

TETIS. El Rey salió de mi venida avisado, tu dama y competidor.

AQUILES. Sólo esta vez el temor mi corazón ha usurpado; los efectos del vestido me pegan su liviandad.

TETIS. Hijo: en la dificultad tu ciego amor te ha metido; ten con las acciones cuenta que te enseñé.

AQUILES. Harélo así.

TETIS. Si te conocen aquí caerás en mayor afrenta.

AQUILES. Mira no echas á perdello. Amor, ayudadme vos,

AQUILES. porque sino, vive Dios, que habemos de revolvello.

- que podrá ser no consienta que malogréis su esperanza.
- LISAND. Basta para mi venganza que él tanto mis dichas sienta; que en las victorias de amor son los triunfos más lustrosos que tienen más envidiosos; mas ¿quién es mi opositor?
- AQUILES. Yo que basto, y yo que sobro.
- TETIS. *(A él, ap.)* Hijo: ¿te quieres perder?
- LISAND. Si de mujer á mujer hay celos, yo no los cobro, Nereida hermosa, de vos; pues antes acrecentáis el amor que en mí envidiáis.
- AQUILES. *(Ap.)* Que esto sufro, ¡vive Dios, que estoy...
- TETIS. *(Ap.)* Hijo: sé discreto.
- LISAND. Ya por vos en más me estimo.
- AQUILES. ¡Ay, si los corchos arrimo, qué mala boda os prometo!
- LISAND. Descansad, prima querida, porque quede satisfecho del favor que me habéis hecho; ¿sabré de vuestra venida la causa?
- DEIDAM. La imagen propia del monstruo hermoso á quien di el alma retrata en si Nereida; basta ser copia de tan bello original para adoralla.
- TETIS. *(Ap.)* ¡Hijo mío! refrena el gallardo brío de tu inquieto natural.
- AQUILES. Pídeselo tú á los cielos; que si libre de pasiones, despedazaba leones Aquiles, ¿qué hará con celos?
- LISAND. Peloro: hermosa mujer.
- PELORO. Por extremo.
- LISAND. Al lado de ella, si fué sol Deidamia bella, sombra suya viene á ser.

## ESCENA III

*Salen ULISES y DIOMEDES, de camino, y GARBÓN, de soldado gracioso.*

- ULISES. En fin: ¿vos fuísteis criado de Aquiles y de Quirón?
- GARBÓN. De Arquillas y de Esquilón los bueyes he apacentado; mas como Arquillas se ha ido y Esquilón llora por él, yo, que no me hallo sin él, en busca suya he venido de soldado, como veis.
- DIOMED. ¿Sois valiente?
- GARBÓN. Temerario; mi padre fué boticario de mi pueblo, y le heredé, no en tanto bote y redoma como dejó el pecador, que eso dió en un acreedor; mas con su pan se lo coma,

sin tenerle nadie envidia; porque tal vez cuando mozo vi venderle agua del pozo por de llantea y de endivia; y porque no se muriera un su amigo que enfermó, dos rábanos le vendió por raíz de escorzonera. No le heredé, en fin, en esto.

ULISES. Pues ¿en qué estribó la herencia?

GARBÓN. Al cabo de la dolencia, el pie en el estribo puesto, antes de expirar me dijo: «Id á la guerra, Garbón, ganaréis más opinión que en este oficio prolijo: que no van los boticarios al cielo, ni yo allá iré; armas, Garbón, os daré, que maten vuestros contrarios mejores que las saetas que el dios Marte inventó»; y luego sacar mandó estas sartas de recetas.

*(Saca debajo del vestido dos sartas de recetas como las de los boticarios.)*

Diciéndome: «no os asombre con éstas miedo ó fortuna, que no hay receta aquí alguna que no haya enterrado su hombre.» ¿Cuándo empuñe la jineta tendrá mi valor segundo si despacho al otro mundo á troyano por receta?

- DIOMED. No decís mal.
- GARBÓN. Vo á buscar á Arquillas, porque reparta con él destas la una sarta, y ambos podremos matar troyanos que sea un joicio. Pues ¿sabéis dónde está vos?
- ULISES. ¿Si lo sé? Bueno, por Dios; ¿pensáis que vengo de vicio?
- GARBÓN. ¿No andáis los dos á buscallo?
- DIOMED. Impórtanos saber de él.
- GARBÓN. Pues yo, que andaba con él esta tarde, pienso hallalle.
- ULISES. ¿Cómo?

- GARBÓN. Mira: el otro día cazaba por esta sierra la señora de esta tierra, que se llama...
- ULISES. Esa sería Deidamia.
- GARBÓN. Pienso que sí, hija del rey Nicomedes, Nicenades.
- ULISES. Licomedes se llama el que reina aquí.
- GARBÓN. De ésa, pues, se enquillotró nueso Arquillas de manera, viéndola en una ribera, que con ella se emboscó por una alameda obscura; quiso librala su gente, y el muchacho, que es valiente,

acometerlos procura y á mí me encarga el guardalla. Esquilón tiró con ella y á su padre fué á traella; yo, luego que vi llevalla, metíme en un alcornoque de miedo de su amador; dió conmigo su furor, mas primero que me toque afufelas lindamente y entre matas me escondí; él, que quiso dar tras mí, á su madre topó enfrente. La Reina Tetis es ésa. Si la Reina Tetis fué, yo, lo que le habró no sé, que estaba la mata espesa y lejos; pero llevóle consigo; seguílos yo, que en fin Arquillas me dió su pan, y luego vistióle de mujer en la espesura; el para qué, Dios lo sabe, y vuelta una dama grave no vi más bella figura. Anocheció y acogióse con él del modo que digo, y yo, como veis, le sigo, sospechoso de que cose costuras de amor agora con su dama hecho mujer. Malicias deben de ser, que es la malicia pastora; mas sea lo que se fuere, á que me reciba voy por su dueña, que aunque estoy tan barbado, quien me viere así, dirá, si es persona, que es invención pelegrina que á una dama masculina sirve una dueña barbona. *(Vase.)*

## ESCENA IV

*Dichos menos GARBÓN.*

- ULISES. Diomedes: este villano malicioso dió en lo cierto. Aquiles está encubierto ciego de un amor liviano. El oráculo divino así lo significó; el cargo Grecia me dió de buscarle; hoy determino de mis astucias valerme hasta descubrir á Aquiles; entre galas femeniles vela Amor y Marte duerme. Si no se puede ganar Troya, como pronostica Apolo, sin él, aplica marañas con que sacar de tal afrenta al mejor héroe que conoce Grecia. Puesto que Aquiles desprecia torpemente su valor, Ulises soy, mercader;

he de comprar una joya que tenga por precio á Troya. DIOMED. ¡Tal varón en tal mujer! *(Vanse.)*

## ESCENA V

*AQUILES, de mujer y DEIDAMIA.*

- DEIDAM. Ya, prima, que se partió vuestra madre, y asegura en mi corte la hermosura que, prudente, receló, en su reino, tendré yo con vos entretenimiento que dilate mi contento y haga sabrosos los días que en tristes melancolías me daban antes tormento.
- AQUILES. Yo en vuestra conversación, prima hermosa, transformado como hombre, por Dios la he hallado transformado el corazón, perderé la inclinación que á ejercicios varoniles tengo, juzgando por viles los del femenil regalo, porque en cuanto esto me igualo y soy lo mismo que Aquiles. Cuando el parche ronco suene, el estrado y la almohadilla por el arnés y la silla trocar mi valor ordena. Como Paris robó á Elena y vió en furor encenderme mi madre, temió perderme, y en vos, para asegurarme, quiso, Princesa, emplearme, mejor diré suspenderme, que á no haberos visto á vos, yo soy hombre...
- DEIDAM. ¿Cómo es eso?
- AQUILES. En el valor que profeso soy hombre.
- DEIDAM. Bien.
- AQUILES. Que á los dos adúlteros, ¡vive Dios!
- AQUILES. Pues, ¿juráis siendo mujer?
- DEIDAM. En llegándome á encender tengo el corazón soldado; lo jurado sea jurado; no me pude contener. Tratemos en otras cosas más apacibles y blandas.
- DEIDAM. En labrar sedas y holandas las mujeres generosas pasan las horas ociosas. ¿Qué labor hacéis mejor?
- AQUILES. Cadeneta, con que amor me prende, bordo y esmalto, y también haré punto alto, si alcanzo vuestro favor.
- DEIDAM. Lisonjera estáis: ¿sabéis bordar?
- AQUILES. Lienzos de murallas, de escalas con que asaltallas.
- DEIDAM. ¿A las armas os volvéis?
- AQUILES. Como vos no refrenéis